

ASCÁSUBI, HILARIO (1807-1875)

*ISIDORA, LA FEDERALA Y MAZORQUERA*

Relación que del embarque, del viaje y del fin trágico de la Arroyera le fue remitido desde el campamento de Oribe al gacetero Jacinto Cielo, por su amigo Anastasio el Chileno, el cual andaba de bombero de los patriotas entre los sitiadores de Montevideo.

PRIMERA PARTE

La Isidora regordeta  
se va a embarcar al Buseo:  
¡vieron con qué zarandeo  
va arrastrando una chancleta!

Que lleva un pie desocao  
de resultas de un fandango,  
en que le rompió el changango  
en la cabeza a un soldao;

Y en esa noche con Brun  
bailando la refalosa,  
anduvo poco mañosa  
queriendo hacerle el betún.

Sabrán que esta moza al fin,  
no es porteña, es arroyera,  
pitadora y guitarrera  
y cantora del Tin tin.

Que vino de la otra banda  
junto con los invasores,  
y que sabe hacer primores  
por todas partes donde anda;

Y que hace mucho papel  
como güeña federala,  
pues se refriega en su sala

con la hija de Juan Manuel.

En fin, dicen que esta dama  
del Miguelete se aleja,  
y a mis paisanas les deja  
los recuerdos de su fama.

También dicen de que al borde  
ha estado de perecer,  
y se quiere reponer  
porque ha perdido el engorde

Pues no le asientan los pastos,  
y luego con la escasez  
que hay por ajuera, esta vez  
se ha fundido en hacer gastos.

Así es que bien trasijada  
se retira la infeliz,  
echando por la nariz  
como suero de cuajada.

Un ojo le lagrimea,  
del aire, dice Garvizo;  
que para él es un hechizo  
otro que le centellea.

El Andaluz se hace almiba  
por agradar a Isidora,  
que es muchacha seguidora  
y nunca se muestra esquiva.

Así es que a la despedida  
la acompaña una patrulla,  
marchando sir, hacer bulla  
come gente dolorida.

Pero la Isidora marcha  
sin demostrar sentimiento,  
con un semblante contento  
y más fresca que la escarcha.

Lleva el rebozo terciado,  
airoso, a lo mazorquera,  
y en la frente de testera  
luce un moño colorao.

Marcha con aire gitano,  
y una mano en la cadera,  
que sacude sandunguera  
con un garbo soberano.

Para lucir los encajes,  
viste a media pantorilla  
un vestido de lanilla  
colorao y sin follajes.

Ella no gasta bolsita  
como gasta una pueblera;  
pero carga una jueguera  
y también su barajita.

Todo el cortejo se empeña  
en complacerla al partir,  
pero ella se quiere dir  
y a todo bicho desdeña.

Casi se cai de barriga  
el cirujano, en mala hora  
se le clavó a la Isidora  
el cuchillo de la liga...

Que lo levanta el galán  
trompezando, y cariñoso  
se lo presenta gustoso  
a la prenda de su afán.

La Isidora lo recibe,  
y exclama: - ¡Cristo me valga!  
antes perdiera una nalga  
que no esta prenda de Oribe.

Con la cual he de volver  
y a todas las unitarias,  
de balde han de ser plegarias,  
yo las he de componer.

¿Ha visto, dotor tuertero,  
estas zonzas de orientalas,  
que a todas las federalas  
nos tratan como a carnero?

Esas mismas que ahí están  
faroliando en el Cerrito,  
y haciéndole asco al moñito,  
no sé lo que pensarán.

Pues mire, ¡a fe de Isidora,  
me voy con sangre en el ojo!  
y, he de volver por antojo  
con mi comadre Melchora;

Y a toda la que se piensa  
que me ha de andar con directes,  
le he de cruzar los cachetes  
y le he de cortar la trenza.

¡Moño grande! que se vea,  
se han de poner a la juerza:  
y a la que medio se tuerza  
se lo he de pegar con brea.

¡Caray! si me da una rabia  
el ver que a mí ¡a la Isidora!  
quieran ganarle a señora  
porque tienen mejor labia.

¡Y porque gastan corsé,  
y gorras a la francesa,  
ni levantan la cabeza  
a saludar! -Ya se ve...

Aun no están acostumbradas  
a la mazorca y tin tin,  
pero de todas, al fin,  
me he de reír a carcajadas.

Deje nomás que entre Oribe  
y tome a Montevideo,  
que hemos de tener bureo  
como Rosas me lo escribe.

Conque ansina, dotorcito,  
a todas digamelés,  
que he de volver otra vez,  
¡que me anden con cuidadito!

.....

En esta conversación  
hasta la playa llegaron,  
y en el momento mandaron  
los rosines un lanchón.

Era preciso llevarla  
cargada para embarcarse,  
por no dejarla mojarse,  
que eso podía resfriarla.

Entonces de la cadera  
se la prendió el Andaluz,  
y ella le gritó: ¡Jesús!  
¡No me ruempa la pollera!

Con todo se la echó al hombro,  
y hasta el lanchón la llevó;  
y al dejarla suspiró  
el tal Garvizo, ¡qué asombro!

Conque ansina desde ahora  
es bueno que se prevengan,  
y las orientalas tengan  
¡cuidado con la Isidora!

## SEGUNDA PARTE

Por un duende que ha venido  
y que estuvo en lo de Rosas,  
ésta y otras muchas cosas  
diz que Anastasio ha sabido;

Porque me escribe el Chileno,  
con respeto a la Isidora,  
de que tuvo la señora  
un viaje pronto y muy güeno;

Pues la tarde del embarque  
alzó moño la Palmar,  
y a Güenos Aires fue a dar  
con la Arroyera y su charque.

Y con viento rigular

amaneció la Boleta,  
frente de la Recoleta  
aonde empezó a sujetar.

Por supuesto, en la cruzada,  
la muchacha se almareó,  
y cuasi, cuasi largó  
la panza y la riñonada.

Pero le dieron giniebra  
que cura la indigestión;  
y diz que sopló el porrón,  
y se lo limpió de una hebra.

Luego le ofrecieron té;  
pero ella dijo: -No quiero  
ningún remedio extranjero,  
como no sea el culé...  
O mate de manzanilla  
junto con flor de mosqueta,  
que cuando estoy indigesta  
¡me asienta a la maravilla!

Quién sabe al fin si tomó  
a bordo esa medicina;  
pero luego en la cocina  
de golpe se amejoró:

Comiéndose allí una tripa  
que le brindó el cocinero,  
con más de medio carnero  
y de galleta una tipa.

Últimamente llegaron  
hasta dentro con el barco,  
y en lo más hondo del charco  
a sogá larga lo ataron.

Y al echar un bote al río  
le dijeron a Isidora:  
Venga a embarcarse, señora,  
con su petaca y su avío.

Mesmamente la embarcaron  
en la culata del bote,  
y más ligero que al trote

hasta la orilla llegaron.

De allí la montó a babucha  
un marinero fornido,  
que llegó a tierra rendido  
y soltó a la camilucha:

Cuando llegó un adecán  
flauchoncito y muy viejazo,  
que al soltarle ella un abrazo,  
le dijo: ¡Che, Corbalán!

¿Cómo estás? ¿Y Juan Manuel?  
¿siempre con salud? contáme,  
o más bien acompañáme,  
voy a platicar con él.

¡Isidora de mi vida!  
díjole el viejo moquiando;  
¡pues no! vamos disparando  
y que sea bien venida.

Y ya también la sacó  
de bracete acollarada;  
que salió medio trabada  
desde el punto en que partió.

¡Qué de noticias traerás  
-le dijo- de esos parajes!  
Y ¿se aguantan los salvajes  
Rivera y el manco Paz?

Nada te puedo contar  
ahora, dijo la Arroyera,  
pues se me anda la vedera  
y ya me voy por echar.

Apuráte por favor:  
vamos ligero, viejito,  
y lleguemos, hermanito,  
a lo del Restaurador.

Llegó la yunta, y adentro,  
en la puerta de la sala  
ya tuvo la federala  
su primer feliz encuentro.

Pues salió la Manuelita,  
y en cuanto la divisó;  
luego vino y se abrazó  
de firme con su amiguita,

Queriéndola comer  
con los besos que le dio,  
hasta que le preguntó:  
-¿De dónde salís, mujer?

¡Mirá que sos una ingrata!  
pues ni de mí te acordás  
queriéndote mucho más  
que lo que me quiere tata.

-Salí, porteña pintora,  
federala zalamera;  
que si yo no te quisiera,  
velay, ¡dijo la Isidora!...

No te trujera esta lonja  
que le he sacao a un francés,  
para vos, ahí la tenés:  
esto es querer, no lisonja.

Ansí es que me acuerdo yo,  
tomá, y dejáte de quejas;  
juntalá con las orejas  
que Oribe te regaló.

-Ya no las tengo, hermanita,  
le respondió la pichona  
pues como eran cosa mona  
se las regalé a tatita.

Ahora mesmo las verás  
en su cuarto, adonde tiene  
todo lo que lo entretiene:  
vení, mujer, te reirás.

Entonces se despidió  
Corbalán de Isidorita:  
que a un tirón de Manuelita  
para el cuarto cabrestió.

Se colaron, ¡Virgen Santa!  
en ese cuarto que espanta  
de pensar que vive en él  
el tirano Juan Manuel,  
restaurador de las leyes,  
entre jeringas y fuelles,  
puñales, vergas, limetas,  
armas, serruchos, gacetas,  
bolas, lazos maniadores  
y otra porción de primores;  
pues lo primero que vió  
Isidora en cuanto entró,  
fue un cartel,  
con grandes letras sobre él,  
y una manea colgada  
de una lonja bien granada:  
y el letrero  
decía así: “¡Esta es del cuero  
del traidor Berón de Astrada!  
lonja que le fue sacada  
por unitario salvaje,  
en el paraje  
del Pago Largo afamado,  
donde fue descuartizado!”

-Con razón:  
por malvao y salvajón,  
dijo la recién venida.  
Y en seguida,  
miró encima de una mesa,  
y entre un nicho, una cabeza  
cortada,  
y con la lengua apretada  
mordida,  
y la vista ennegrecida  
y con rastros de llorosa.

Al pie tenía una losa  
escrita, y decía así:  
“ Zelarrayán  
Los salvajes temblarán  
cuando se acuerden de ti”.

¿Pues no?  
la Arroyera dijo: y vio  
ahi nomás, en seguidita,

colgada en una estaquita  
una cola o cabellera:  
y al preguntar de quién era  
pudo ver sobre un papel  
esta letra: “¡De Marciel!

Esta es la barba y bigote,  
que con lonja del cogote  
le manda al Restaurador:  
Oribe, su servidor”.

- ¡Qué bonito,  
dijo Isidora, el versito!  
Y agarró  
un puñal, que reparó  
en diez o doce que había,  
que sobre el cabo tenía  
en la chapa este letrero:

“Yo soy el verdadero  
recuerdo en homenaje  
del infame salvaje  
Manuel Vicente Maza.

Si salgo de esta casa,  
¡tiemble algún Presidente  
que no sea obediente,  
y, altanero se oponga,  
cuando Rosas disponga!”.

-¡Qué receta para Oribe,  
dijo Isidora, que vive  
sirviéndole a Juan Manuel,  
y queriendo hacer papel  
de Presidente legal,  
cuando en la Banda Oriental

tan sólo el restaurador  
debe ser amo y señor,  
aunque el diablo se sacuda  
las orejas!... ¡Ah, mujer!  
hacéme al momento ver  
las de Borda: ¿dónde están?  
¿Qué sequitas no estarán?

Entonces la Manuelita

las sacó de una cajita,  
y cuando se las mostró,  
la gaucha las escupió,

y pensó hacer otras cosas:  
pero en esto entró Rosas  
en camisa y calzoncillos  
golpiándose los tobillos,  
con la cabeza amarrada,  
una cara endemoniada,  
y en la cintura una verga.

Tendió en el suelo una jerga,  
puso al lado una botella,  
y se acostó cerca de ella  
sin soltar una expresión...

y cuál fue la confusión  
de Isidora y Manuelita  
al sentir que su tatita  
red repente dio un bramido  
como tigre enfurecido,  
y echando espuma se alzó,  
y estas palabras soltó:  
“¡En la Horqueta del Rosario!  
¡Flores, salvaje unitario!  
¡Núñez, salvaje traidor!...

Entonces le dio un temblor,  
y rechinando los dientes,  
y con gestos diferentes:  
“¡Asesina!” le gritó  
a Isidora; y la mandó  
degollar con sus soldaos,  
que acudieron asustaos.

Cayó entonces desmayada  
la Arroyera, y arrastrada  
fue por dos indios; y al rato  
degollada como un pato.

Cuando la iban a matar,  
Manuela se echó a llorar  
a los pies de Juan Manuel,  
suplicándole, pero él  
dijo: “¡Muera la ovejona!

pues, si no, sale y pregona,  
que ya tengo convulsiones,  
de ver que los salvajones,  
se lo limpian a Alderete;  
y después, que lo sujete  
el demonio al Pardejón,  
que viene, y en un cañón  
de taco me hace meter,  
y ahí nomás lo hace prender;

cosa que en cuanto reviente  
¡a los infiernos me avente  
donde con vergas y fuelles  
vaya a restaurar las leyes!...

Luego pidió una botella  
de bebida, y se arrimó  
a Isidora; la miró,  
y de ahí se sentó sobre ella.

¡Fría estaba y desangrada!  
Pero Rosas, con todo eso,  
se agachó, le pegó un beso,  
y largó una carcajada.

Luego acabó de beber  
muy ufano, y se paró,  
y a los indios les gritó:  
“Saquen de aquí esta mujer;

llevenlá a la sepultura;  
vamos, prontito, al instante,  
y que venga y la levante  
el carro de la basura”.

Así la triste Arroyera  
un fin funesto ha tenido,  
sin valerle el haber sido  
federala y mazorquera.